

ORIENTE, LA PRIMERA

Por: Arleen Rodríguez Derivet.*

En el despacho que fuera de Ernesto Che Guevara en el antiguo Ministerio de Industrias que él dirigió hasta su salida de Cuba en 1965, se conserva un mapa punteado por luces de colores.

Al encender las luces que corresponden a las zonas industriales existentes hasta 1959, se iluminan escasamente tres o cuatro regiones del país. En la medida en que aparecen las numerosas fábricas erigidas durante los primeros años de la Revolución, se va iluminando de forma pareja todo el archipiélago. Dicen que el Che lo hizo con el propósito de un día no lejano sentarse a mirar cómo ilumina el desarrollo.

“La Habana es Cuba y lo demás, paisaje” se decía. La frase favorita de muchos habaneros para validar el peso específico de su ciudad frente a los demás territorios del país, tiene su origen en ese desequilibrio advertido por el Che como síntoma inequívoco del subdesarrollo.

La capital tenía muy poco que ver con el país que vivía tras las puertas de su moderno túnel. A lo largo de la Carretera Central, que nace en el Capitolio calco del de Washington, los bohíos abundaban como el pasto, en los años del latifundio y el monocultivo. Solo La Habana y Matanzas en Occidente, Cienfuegos y Santa Clara en el Centro, y Camagüey y Santiago de Cuba en el Oriente, podían ser llamadas con propiedad, ciudades.

El mapa y la frase citada son dos expresiones de una verdad incontestable: Cuba era ese enano de enorme cabeza y extremidades débiles que identifica al subdesarrollo¹.

Si lo sabremos quienes provenimos de la más débil de esas extremidades: del oriente de Oriente, región donde hasta los hacendados se levantaron contra las injusticias y que por eso ganó para siempre el título honroso de cuna de las revoluciones.

Oriente nació y creció como un mosaico de desigualdades. Santiago de Cuba, otrora su capital y asiento de ricos emigrantes franceses, alcanzó temprano un desarrollo incomparable con el de los demás centros urbanos de importancia -Holguín, Bayamo, Guantánamo y Las Tunas-, convertidas en “ciudades cabeceras” solo hacia 1976, con la nueva división política administrativa establecida durante el llamado proceso de institucionalización del país.

Baracoa, la primera ciudad fundada por los españoles en el extremo oriental de Cuba, vivió en el ostracismo durante décadas, hasta que la montaña que fuera el gran obstáculo para su comunicación con el resto del país se abrió por carretera a fines de 1965 con un singular aviso a los viajeros: “Aquí comienza el viaducto La Farola, fraude de ayer, realidad revolucionaria de hoy”.

Hasta entonces Baracoa era como del finisterre² gallego. En su novela “La Consagración de la primavera”, Alejo Carpentier hace que la protagonista pida un boleto sin regreso “al fin del mundo” y se lo dan para Baracoa.

Cientocincuenta kilómetros al oeste, Guantánamo, hoy capital de la provincia, ni siquiera figuraba en el mapa industrial de Cuba hasta que el Che inauguró una fábrica de limas en los años 60. Por seis décadas, el destino de los pobladores de esa región fue regido por la Base Naval norteamericana afincada en los dos extremos de la bahía.

Los hombres se apostaban en el muelle de Caimanera a la espera de los marines que venían desde la otra orilla a buscar mano de obra barata para contratar, casi siempre por unas horas.

Y la ciudad misma creció dividida por la vergüenza de los burdeles. Se dice que llegó a haber más de 900 bares allí, donde entonces no sumaban 900 las cuadras habitadas.

Detrás o delante del mostrador siempre había una mujer esperando por los marines en sus días francos. El otro empleo más común era el servicio doméstico. Si en Cuba en 1959 apenas el 17 por ciento de la fuerza laboral era femenina, en Guantánamo ni siquiera debe haber registros de la ocupación de la mujer, quizás “por no ofender”.

Desde el monte –como todavía llaman en Oriente a la zona rural– traían a las muchachas, casi adolescentes, a ejercer el oficio más antiguo del mundo. Chulos, proxenetas y guías por cuenta propia, crecieron burlando el hambre, humillando y humillándose en inglés, en la subsidiaria de la Base que fue Guantánamo, cuando la única fuente de empleo estaba en aquel pedazo arrancado a la soberanía cubana.

Cerca de 3 000 hombres de todo Oriente llegaron a contratarse en las obras civiles de la Base después de la II Guerra Mundial y, con suerte, solo algunos cientos lograron un trabajo estable por el que siempre les pagaron un tercio de lo que cobraban los ciudadanos norteamericanos.

En la ciudad prosperó un comercio desproporcionado en función de los ocupantes. Desde las cafeterías más sencillas hasta los centros nocturnos de las afueras, tenían nombres norteamericanos. El dólar circulaba tanto como el peso. La gente llegó a creer que no se podía vivir sin la Base.

Una encuesta de la Universidad de La Habana entre la población guantanamera, a inicios de la Revolución, reveló que más del 80 por ciento de los encuestados no concebía su destino si los norteamericanos se retiraban de la bahía.

Para entender ese razonamiento, es preciso recordar que las otras escasas opciones de trabajo estaban en el ejército –de la odiada dictadura de Fulgencio Batista– y en las anuales cosechas de caña y café, de las que huían con pavor las personas con un mínimo grado de escolaridad. No solo por los barracones, el sol del campo o la humedad de los cafetales, sino por la paga más que miserable que la mayoría de los dueños de ingenios azucareros y fincas daban en bonos que solo podían canjearse por comestibles u otros artículos dentro de la pequeña población aledaña o batey.

¹ “Un enano de cabeza enorme y tórax henchido es ‘subdesarrollado’ en cuanto a que sus débiles piernas o sus cortos brazos no articulan el resto de su anatomía...” Ernesto Che Guevara, Discursos, 1961.

² Región de Galicia que marcaba “el fin de la tierra firme conocida” en la Europa antigua.

Los emigrados haitianos, que tenían aun más hambre y menos opciones, prácticamente fueron entonces toda la fuerza laboral de los campos de caña y café de Oriente.

En cuanto a Guantánamo, la Base Naval realmente resultaría decisiva en el destino de la provincia. Rotas las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, con sus portaviones, sus constantes maniobras y sus numerosas provocaciones, devino símbolo siempre caliente de la Guerra Fría, que retardó, cuando no hizo imposible, la apertura de nuevas industrias en una región que a mitad de la bondadosa década de 1980 tenía un visible atraso comparada con el resto del país. Tanto, que en 1985, el líder de la Revolución cubana, Fidel Castro, definió a Guantánamo con una frase dolorosa pero muy exacta: "Este es el tercer mundo del Tercer Mundo", dijo, antes de anunciar enseguida un programa especial del país –todavía vigente– con el fin de saldar las profundas deudas económicas y sociales con ese territorio.

Pero Guantánamo era entonces una excepción en el panorama general del país, que ya había logrado compensar en alguna medida los desequilibrios, con inversiones bien repartidas hacia el norte y el centro de Oriente. Holguín desafiaba la prominencia industrial de Santiago, Las Tunas emergía como productora de acero y Granma marcaba la punta en producciones industriales de alimentos.

Las estadísticas de las migraciones internas de aquellos años, deben contrastar con las actuales. Vivir en provincias, incluso en las orientales, era tan esperanzador que no pocos capitalinos eligieron asentarse en los polos de desarrollo que aparecían por todas partes.

A mediados de la década de 1980, las ventajas de las ciudades llegaron tan lejos como a Maisí –extremo de oriente–, que quedó enlazada al desarrollo por carreteras y caminos aptos para autos ligeros.

La pobreza empezaba a ser un mal recuerdo cuando, repentinamente, Cuba perdió los soportes de la relación justa que imperaba en el mundo socialista.

Tierra de origen de casi todo, desde la salida del Sol hasta la llegada de los "descubridores", desde simiente de la nacionalidad hasta cuna de la rebeldía, Oriente se convertiría también en germen y baluarte de la resistencia que marca el tránsito cubano entre los siglos XX y XXI.

Fue allí donde tuvo su impacto más cruel y generalizado la dura crisis de los 90, impulsada por la caída del socialismo europeo y el reforzamiento del bloqueo económico, comercial y financiero de Estados Unidos. Los escasos abastecimientos que el país podía adquirir en el exterior tardaban más en llegar, cuando llegaban, a ese extremo del país, donde el transporte se redujo prácticamente a cero.

El "invento cubano", esencial para sobrevivir en tales circunstancias, casi dejó pelados los montes de la geografía oriental, predominantemente montañosa, ante la crítica falta de combustible. El desarrollo se estancó, descendió dramáticamente la calidad de vida. Solo la vida no paró.

A quien conozca la historia que he contado no le sorprende el relativo atraso, todavía visible, de los actuales territorios de la antigua provincia de Oriente, mucho menos desarrollados que sus vecinos del lado occidental. No se curan en años males de siglos.

Yo lo sé porque nací entre el mar y las montañas de Oriente y crecí oyendo a los más viejos hablar del hambre y la pobreza, y vi sus huellas, aunque jamás las padecí. Descendiente de uno de los tan frecuentes cruces étnicos de negras libertas con hacendados franceses, mi destino pudo ser el de todas las mujeres de mi familia, que aun con recursos económicos significativos, no podían permitirse más sueños que el de ganar marido de la misma clase social para darle hijos y ser, cuando más, la jefa de la servidumbre doméstica, si no parte de ella.

No fue un premio de la lotería ni una bendición divina lo que me libró de esa "suerte" para, sin salir de Oriente, convertirme en la primera mujer universitaria de una casa donde hoy todas lo son. Fue nacer en 1959. Hasta en los más recónditos puntos de la geografía guantanamera, 80 por ciento montañosa –donde la mayoría de las mujeres vivieron siglos pariendo en el hogar su prole con la certeza de que varios de sus hijos no llegarían a ser adultos– nuestros sueños empezaron a ser otros y las realidades más grandes que los propios sueños.

Como periodista fui testigo de la llegada, a veces lenta pero siempre sorprendente, de los hospitales y hogares maternos, de la televisión y los libros, del médico de familia y las escuelas de un solo alumno, a esos sitios que antes solo fueron el "paisaje" de Cuba. Bajo el influjo del marcado descenso de la mortalidad infantil y materna y la llegada de la universidad a la montaña escribí más de una crónica cursi y lacrimosa en los periódicos. Mis colegas capitalinos podían darse el lujo de ser más "objetivos", pero aun sabiendo lo que nos faltaba, yo estaba en mejores condiciones de entender todo lo que habíamos ganado.

Mucho después, en los difíciles años 90, de vuelta por esos mismos lugares apenas pude dar cuenta del brusco retroceso que sufrían aquellos visibles progresos. Ni siquiera había papel periódico para informar de todo lo que se debía.

Por eso me parece importante mirar a Oriente desde una perspectiva cercana y leer, siempre que se pueda, los datos de su evolución bajo el prisma de la desigual evolución que sufrió, comparado con el resto del país.

Ya se sabe que Cuba mira, desde una posición ventajosa en su presente, los llamados Objetivos de Desarrollo del Milenio que la ONU propuso hasta el año 2015 para todas las naciones del planeta. Pero es necesario y justo que se lean de forma diferenciada los resultados y expectativas para la región de Oriente. Como en el mapa lumínico del antiguo Ministerio de Industrias, las luces del desarrollo humano no se encendieron con igual intensidad y al mismo tiempo en todo el archipiélago. Y los desequilibrios pesan.

*Arleen Rodríguez Derivet (Guantánamo,1959)

Graduada de Periodismo en la Universidad de Oriente en 1982, fue corresponsal del diario Juventud Rebelde en su provincia durante cinco años y posteriormente jefa de Información, subdirectora y directora de esa propia publicación hasta finales de 1997. Conductora de programas de Radio y TV, directora y editora de la revista Tricontinental entre 1998 y 2004, actualmente es la Coordinadora General del programa Mesa Redonda, que transmite diariamente la televisión cubana con análisis políticos sobre los más diversos temas. Ganó el Premio Nacional de Periodismo en el año 1993, el Premio Abril en 1997 y en seis ocasiones el Gran Premio de la Radio Cubana. Entre 1993 y 1997 fue diputada al parlamento cubano por el municipio de Caimanera, provincia Guantánamo.